

SENECA EN EL DESTIERRO DE CORCEGA

I

QUE magnífica figura, paternal y hosca a la vez, vertical y afable la de nuestro Lucio Anneo Séneca, estadista y moralista, preceptor de emperadores y director de conciencias, pastor de pueblos con cura de almas, envuelto en su propia virtud como en una túnica de diamante!

Salido de su Córdoba natal que se había mantenido ambigua en el oleaje de las guerras civiles en las que le fué enemigo Pompeyo y César; salido del recinto de sus muros, batidos por el fiero impulso del vecino lusitano, que en sus mismas puertas llegó a hincar la lanza hostil; en el comienzo de un orden de siglos nuevos, con cuatro años de ventaja sobre la edad temporal de Jesucristo, el cordobés Lucio Anneo Séneca comenzó harto pronto a carecer de patria. Carecer de patria, según su propia definición, era en aquel tiempo ir a engolfarse en Roma aumentada, linchada hasta la monstruosidad por la confluencia de gentes aluviales que le llegaban de todo el orbe. A unos empujaba la ambición; a otros, la función pública; a otros, una embajada; a otros, la licencia de vida que emigra a clima y sitio apropiados; a otros, el amor de los estudios liberales; y a otros, por fin, la industriosa actividad que busca más ancho teatro para sus expansiones y logros. Y no faltaban quienes a la ciudad cosmopolita, que así a las virtudes como a los vicios solía poner precios muy grandes, importaban productos de su tierra: quien la belleza venal, quien la venal palabrería. Córdoba, la fecunda desde algún tiempo, exportaba a Roma declamadores. Porcio Latrón había abierto el camino. A zaga de las huellas de Porcio Latrón, fué a Roma el caba-

llero romano Marco Anneo Séneca, apellidado «el Retórico», acompañado de su mujer, la española Helvia y de dos de sus hijos Galión y Mena. Su segundogénito Lucio Anneo, que había de ser nuestro filósofo, llegó a Roma un poco más tarde, llevado de la mano por una tía que durante toda su vida abrigó para con él un ánimo materno.

En Roma, nuestro Lucio Anneo Séneca conoció ambas fortunas y se preparó con los adecuados remedios confeccionados en la apoteca de los estoicos. Séneca mismo había de decir que la fortuna, siempre aleve, precipita a los encumbrados con un brusco empujón de la altura donde les encaramó. Un empujón brusco le derribó a él, interrumpiendo una carrera política iniciada brillantemente bajo los más felices auspicios. A los veinte años, Séneca era *Vigintiviro* con rango de senador y derecho de llevar sus insignias. Su precaria salud impone una tregua a su ascensión política. El mismo se había promovido y subía en hombros de sí mismo, apresuradamente. Séneca toda su vida fué un valetudinario. El achaque de su adolescencia fué una tosecilla ominosa, una fiebre continua como el tenue calor de un asuca incinerada que le condujo a una magrez horripilante, la cual, unos años después, agorera de muerte próxima, hubo de salvar en él la propia vida que amenazaba. Séneca tuvo que acogerse a un clima más benigno y a una mayor indulgencia de cielo. Se fué a la regalada blandura de Pompeya y luego al templado Egipto, al lado de su tía materna, esposa del gobernador de aquella provincia. De regreso en Roma, a los treinta y cinco años, Séneca es cuestor; no mucho después, tribuno del pueblo. Simultáneamente es monárquico convencido y filósofo estoico que sabe llorar y sabe reír, Heráclito y Demócrito en una sola pieza, conversador delicioso, regalo de los oídos de su tiempo, sazonado con urbana sal y con picante vivacidad andaluza, hombre de mundo en el mejor sentido de la palabra, frecuentador y oráculo de aquellos círculos romanos, que eran asilos de la virtud antigua y, a la vez, forja de almas viriles que, bajo la tiranía cesárea, se preparaban a morir civilmente a la hora que fuese. Restringidos eran estos oráculos, disimulados en una semiclandestinidad y en una intimidad recon-

centrada e intensa que favorecía el callado apostolado. Harto poco significaba el número para nuestro moralista, amigo de predicar al oído. Séneca había tomado para sí, como fruta de cercado ajeno, aquella sentencia de Epicuro:

«Me bastan pocos; me basta uno; me basta ninguno». En uno de estos círculos, Séneca conoció a Marcia, la austera dama romana, hija de Creuncio Cordo, que con una bella muerte decoró una vida honrada. Y también, para su mal, en uno de estos círculos, Séneca conoció y trató a las hermanas del emperador Calígula, Agripina y Julia Livila. Esta última, joven de veintitrés años, mujer de rara beldad, imprudentemente puso en manos de Júpiter, que era el emperador Claudio, o más bien, de la rencorosa Juno, que era Mesalina su infame mujer, el rayo que fulminó a entrambos, a Julia Livila y a nuestro moralista. Ciego es el fuego estimulado por la ira. Mesalina, aguijada por los celos, el mayor monstruo calderoniano, hizo instruir pérfidamente contra ellos a los un proceso por adulterio.

¿Mesalina? —Sí, Mesalina. ¿La que se envolvía la cabeza en un velo meretricio y se confiaba a las sombras de la noche cómplice? —Sí, ella misma. ¿Aquella que, esposa del Emperador, en una breve ausencia suya, tuvo la increíble avilantez de casarse públicamente con Silio, su amante? Aquella *regia meretrix* que Juvenal flageló con aquel verso ustorio:

¿Ostenditque tuum, generose Britannice, ventrem?

—Sí, ella misma: Mesalina.

Séneca tuvo que presentarse a responder de esta acusación de adulterio ante el Senado. Julia Livila contra quien se disparaba preferentemente el dardo inficionado de despecho femenino, que es peor que la hierba balletera de los envenenamientos medievales, en un crimen incierto y sin dársele defensa alguna, según el testimonio del incorruptible Tácito, fué declarada culpable y relegada a una isla del mar Egeo. Rodeada de soledad y de agua amarga, Julia Livila acabó allí sus breves días miserablemente. Séneca fué enviado al destierro de Córcega, donde, como Promoteo, clavado en un escollo, estuvo desde el año 41 de nuestra Era hasta el año 49. ¡Siete años! Buena parte y acaso la mejor de la vida mor-

tal. Allí le tuvieron relegado, la envidia y la mentira, las dos crueles carceleras de los varones probos y fuertes que osaron desafiar a la fortuna. De esta su deliberada alevosía, Séneca se quejó más tarde a la diosa traicionera:

Alte extulisti gravius ut ruerem.

(Arriba me subiste para que cayese con mayor ruina.)

Estoico y todo, insensible por principio a esta suerte de celadas rudas y agresivas, Séneca nos describe, con sombríos trazos, la inhumana esquividad del desierto rocoso y arisco:

Barbara praeruptis inclusa est Corsica saxis.

Horrida, desertis undique vasta locis...

Córcega, la bravía, está metida en un encerramiento de peñones y de requebrajaduras, vasta, hórrida, deshabitada. Allí no dora frutos el otoño ni el verano mieses; el cano invierno carece del don suave de la oliva; sombra, ninguna templa con su frescor la furia fogosa del estío. Nunca es más terrible Córcega que cuando el verano se encandila y el fiero Can abre sus fauces de fuego. En todo pone su llama el sol demasiado, que exaspera la sed crepitante del suelo. Alientan perfumes violentos las serranías aromáticas de lentiscos y enelos, de resinas y de laureles, de espliego y de tomillo—aquel famoso tomillo corso, de quien dice nuestro Marcial, que con él las abejas no pueden elaborar miel ática, sino miel drástrica, amarga miel medicinal—. En medio del vivo reposo del mar, dentro de su cinturón de montañas fieras y grandes que se engríen hasta el cielo, la ardiente Córcega huele monstruosamente como una carnal mujer salvaje. En el destierro de Córcega no mora más que el desterrado. Los relegados a sus soledades viven como sepultados. Córcega pesa sobre cenizas de vivos.

Del fondo de este sepulcro de vivos que era Córcega, sacó como un espectro, Séneca la cabeza para dirigir una consolación a Helvia, su madre. Las consolaciones en la antigüedad constituyeron un género literario que acostumbró nutrirse de lugares comunes y de frías filosofías. Como en aquel episodio de la escatología medieval que se conoce con el nombre de los Tres Vivos y de los Tres Muertos, en el cual son los muertos quienes predicán a los vivos, en la *Consolación a Helvia* es el muerto vivo quien consuela

a la muerta sobreviviente. Esta es su más aguda novedad y lo que hace más penetrante su acento. Séneca, con una inédita generosidad, obedeciendo a su propio impulso de hijo bien nacido, sin dechado a quien imitar, dirige él, causa de lágrimas, su consolación a la misma que le lloraba, temeroso, no obstante, que aquel consuelo no fuese una ulceración nueva en un alma llena de cicatrices. Varonilmente, Séneca recuerda a Helvia las heridas antiguas: la pérdida de la madre que, en muriendo, alumbró su vida; evoca el recuerdo de su madrastra buenísima, aun cuando sea cierto que a nadie costó barata una madrastra buena. En todo el discurso de la larga vida de Helvia, la acerba fortuna no le dió ninguna vacación de llanto. Lloraba con muy amargo duelo la inopinada muerte de un tío indulgentísimo, cuando sobre el llanto que escaldaba sus mejillas, hubo de verter llanto más ardiente. Marco Anneo Séneca, su marido, que le había hecho madre de tres hijos, murió en ausencia de todos ellos. Cumplió Helvia el lastimero y piadoso oficio de enterrarle, y en el trance amargo no halló pecho amigo en donde reclinar su dolor. En su regazo de abuela recogió los huesos de tres nietos. En sus brazos y bajo sus besos mustios y dulces—los besos tempranos tienen más fuego; los besos tardíos tienen más miel—murió uno de los hijos de nuestro filósofo. Y veinte días después de haber entregado el cuerpecito leve a la tierra leve, Helvia queda como fulminada por la noticia del destierro de su dulcísimo Lucio Anneo... Esta nueva, como un cuchillo fiero, partió su corazón y sus entrañas. «Pero así como los soldados bisoños al recibir una lesión leve vociferan y temen más que al hierro, las manos del médico; y los soldados veteranos, aunque traspasados y cosidos de heridas, se ofrecen con paciencia viril al hierro crudo que ha de sajarles; así tú, dice Séneca a su madre, sabrás soportar la cura enérgica, porque nada te hubieran enseñado los anteriores males, si en su rudo magisterio, no hubieras aprendido a ser desgraciada».

LORENZO RIBER